

## **Antón P. Chejov**

### **El Jardín de los cerezos. Entre el realismo y el naturalismo**

#### **Mario Javier Pacheco**

Chejov tenía 44 años cuando escribió El Jardín de los cerezos en 1904, y los críticos y biógrafos lo encasillan indistintamente en la escuela realista (vidas, 2014) y en la escuela naturalista (Wikipedia, Anton P. Chejov, 2014), de tal forma que en este estudio veremos las características del Jardín de los Cerezos que lo acercan a una u otra escuela.

Es importante resaltar que Chejov conoció al director escénico Konstantin Stanislavski, el cual montó en 1898 La Gaviota, El Tío Vania en 1899, Las tres hermanas en 1901 y El Jardín de los cerezos en 1904. Stanislavski, como expresamos arriba, fue el fundador del sistema de actuación naturalista, lo que no quiere decir que necesariamente militara en el naturalismo como movimiento literario.

Stanislavski conoce a Chejov cuando este estaba desilusionado de la manera como el público recibió La Gaviota, y el director ruso se convirtió en su acicate para seguir escribiendo sus obras posteriores, que montó a su estilo naturalista.

De la escuela realista encontramos en su obra la reproducción de la realidad, y de la naturalista el entorno social, como condicionante de la conducta de los protagonistas

En las obras de Chejov no se encuentra *“el conflicto de héroes o heroínas, sino que la historia parte ya de un conflicto en el que esos héroes y heroínas han sido ya derrotados; no luchan, sino que se abandonan a un destino ya cumplido; la obra desarrolla esa derrota vital de los personajes.”* (Google, 2014) y ese fatalismo es característico del realismo.

La obra inicia en una habitación convencional, decorada a la época, con las ventanas cerradas, donde entran Duniascha y Lopajin. Él tiene un libro en la mano. Ella una vela. Toda la escenografía es familiar, los objetos son cercanos a

todos. Los movimientos de los personajes son igualmente realistas, el bostezo, el desperezarse, mientras que de la escuela naturalista podemos detectar, como lo ampliaremos más adelante, el comportamiento de los personajes que es influido por la herencia biológica y las circunstancias sociales. Allí están pintados Liubov y Lopajin, También Firs y Varia.

De la escuela realista el determinismo. Varios son los personajes impasibles y fatalistas de la obra. Entre ellos Liubov, la ama aristocrática, culpable del préstamo y remate del Jardín de los cerezos, que organiza una fiesta el día previo al remate, fiesta de condenados, donde, recuerda el viejo lacayo Firs, no llegan como antes, generales, nobles y políticos, sino escasamente el despachador de correos y allegados como Lopagin, hijo y nieto de siervos de la hacienda.

La hacienda se venderá, pese a los consejos bien intencionados de Lopagin, la desgracia está escrita desde el inicio de la obra. El remate no podrá ser detenido y que la comparación la hace a partir del nihilismo del que están impregnados los personajes de Beckett, en su pesimismo. Yo creo más bien en su determinismo, los personajes de Chejov, como Liubov se parecen más a Antígona, a Yocasta, a Electra, de la tragedia griega.

El problema social está planteado en toda su dimensión, una aristocracia decadente y una nueva burguesía pujante, que no se cree los logros que puede alcanzar con la plata, sin embargo en esta obra, Chejov plantea el problema de las diferencias de clase como una transición natural, casi que con pena, por parte del nuevo rico, que de todas formas no oculta su enorme satisfacción, conservando la consideración y el respeto que cree que merecen su antigua ama. Me parece una obra ejemplarizante en este aspecto mostrando la cara humana de la derrota y de la victoria. No es el resentimiento, ni la venganza de una clase contra otra como se repite tantas veces en la historia. Esto viene del naturalismo.

Liubov lo sabe y se resigna con dolor. Su hermano Gaev también lo siente, pero nada hace por detener la venta del Jardín.

La obra está llena de suspiros, comentarios sobre aburrimiento, felicidad, amor, cariño, recuerdos, frío, comentarios sobre las botas que rechinan, las emociones al punto de lágrima por encontrar otra vez el cuarto y la casa que dejaron atrás hace cinco años, la ternura, todo lo cotidiano se expresa abiertamente. El público de esta forma conoce el interior de las personas., la personalidad derrochadora e inconsciente de Liubov queda al descubierto

Lopajin, a pesar de su ascenso en la escala social, por sus riquezas adquiridas con duro trabajo, sigue considerándose un siervo, tiene una herencia de siervo, que por genética lleva en la sangre y esconde su alegría a pesar de ser incontenible, de ser el nuevo propietario del Jardín de los cerezos, que manda talar inmediatamente, por su sentido práctico. Tanto Lopajin como Firs, son mudos ante Liubov, que cuando les hace una pregunta es como si hablara para ella misma, ni espera ni escucha respuesta, los considera sus criados, con los cuales no se entabla conversación, tan solo es condescendiente con ellos.

Lopajin, marcado por su tara social heredada, no será capaz de declararle su amor a Varia. Ella siempre pertenecerá a la nobleza y él a la clase de los siervos a pesar de su riqueza, a pesar de ser el nuevo dueño del Jardín de los cerezos. Nadie le presta atención, sigue siendo mujik. Se despide varias veces, pero nadie le responde.

Chejov hace en Firs el lacayo comentarios puntuales sobre el fatalismo griego, característico del naturalismo:

**Firs:** Igual ocurrió antes de la desgracia. También graznó el búho y sonó el samovar.

**Gaev:** ¿Antes de qué desgracia?

**Firs:** Antes de que se nos diera la libertad.

Firs es igualmente el símbolo de la impotencia ante el destino. Nació lacayo y no ve otra vida que la de lacayo, es en eso distinto de Lopajin. Se encuentra enfermo, lo han llevado al hospital, pero regresó sin que nadie se dé cuenta y lo dejan

encerrado. Cuando se percata solo se sienta y se conforma, pensando más en sus amos que en él mismo. El espectador presiente que allí lo cobijará la muerte.

“(Acercándose a la puerta, hace girar el picaporte)

Cerrada... Se han marchado. (Sentándose en el diván).

¡Se olvidaron de mí!... ¡Qué importa!... Me estaré aquí sentado... Seguro que Leonid Andreich no se puso la pelliza, y lleva solo el abrigo... (Suspirando) ¡Y yo sin poner cuidado!... ¡Juventud, juventud!... (Masculla algo ininteligible) ¡Pasó la vida!... ¡Se le figura a uno no haber vivido! (Tumbándose) Me echaré un poco... ¡Ya no te quedan fuerzas, ya no te queda nada!... ¡Pobre de ti!... ¡No eres más que un patoso!...

Liubov como Edipo, trata de huir de su destino, que siempre le encontrará, y huye a París, tras una vida distinta, donde pueda olvidar la muerte de su hijo. Pero regresa para que se cumpla el designio.

Chejov, fiel seguidor del realismo, no pretende en esta obra mostrar el ascenso del proletariado y el inicio de la decrepitud de las aristocracias, la lucha de clases entre terratenientes y trabajadores no es el tema, como en la literatura que vendría posteriormente, en *El Jardín de los cerezos* no se da, en el sentido que se estilaba entre los activistas. La brecha se muestra como un elemento natural de la sociedad de entonces. Los castigos al padre y abuelo y de Lopagín, el nuevo dueño, se mencionan como algo natural y de la cotidianidad social.

En cuanto al narrador del *Jardín de los cerezos*, es un personaje respetuoso, mesurado, que va conduciendo la trama con prudencia, permitiendo que el espectador sea quien opine y saque sus propias conclusiones. Es un narrador característico del estilo naturalista.